

METODOLOGÍA E HISTORIA

Algunas reflexiones sobre la obra de R. Menéndez Pidal

LOS SUCESOS DE 1898 obligaron a los intelectuales españoles a la auto-crítica nacional bajo las condiciones coetáneas históricas. Esta situación condujo a una preocupación por los problemas metodológicos sin par en Europa. Los intelectuales de 98 se sentían responsables del porvenir, y esta responsabilidad nació de sus impulsos científicos nuevamente orientados. La gravitación de la historia española misma llevaba a la conciencia los problemas esenciales de la historia. A partir de aquí podían ser explorados los caminos hacia un saneamiento de la historia nacional práctica. Con esto, la investigación española de la Edad Media debía desempeñar un papel muy importante, pues llegó a ser un instrumento de reconocimiento de la práctica política.

Uno de los más eminentes representantes de este modo de pensar era y será Don Ramón Menéndez Pidal. Sus obras han aportado importantes conocimientos metodológicos a los cuales aquí queremos orientarnos ante todo.

Es sabido cuán detenida y concienzudamente Menéndez Pidal se fue aproximando con su estricta labor a la existencia de grandes tradiciones épicas en España. Don Ramón realizó su investigación en todas direcciones; vio la épica según orígenes y extensiones, según su fantasía y su sustancia verídica. El centro de su trabajo fue el Poema del Cid. No queremos perdernos aquí en los pormenores de los logros científicos de Menéndez Pidal: cada una de sus publicaciones contiene un enorme tesoro de sabiduría el cual merece altísima estimación, y que requiere del lector mismo un concurso intensivo para lograr apropiárselo.

Queremos referirnos más bien a algunos problemas metodológicos que han encontrado amplia resonancia a pesar de que no se ha reconocido siempre su sustancia profunda:

1) La importancia de la tradición literaria en lo que se refiere al aspecto de su valor documental para la historia pasada, hasta nuestros días; y 2) Los efectos de las obras científicas de Menéndez Pidal en el sector de las ciencias filológicas e históricas.

Historiografía y epopeya procedían en la Edad Media del mismo sector de la vivencia social. En su importante libro "La société féodale.

La formation des liens de dépendence" Marc Bloch las calificó de elementos de la "mémoire collective" de la Sociedad feudal.¹

En España, en los tiempos anteriores a 1150, estos dos elementos de la conciencia socio-histórica aún formaban una unidad como lo ha comprobado Menéndez Pidal en sus obras sobre el Cid.² Las relaciones hechas por los juglares nacían a continuación de los sucesos históricos, y servían al lado de las fuentes para información y reportaje, alcanzando así el reconcentramiento de la conciencia histórica de amplios estratos de la población, los cuales se tenían por los exponentes legítimos de la Reconquista. El espíritu genial y disciplinado del filólogo Menéndez Pidal pudo analizar la relación entre los elementos de verdad y la corriente de la conciencia, para afirmar la existencia de una adaptación de la producción poética al sentimiento del público, con lo que se convertía en testimonio de las formas específicas del autoconocimiento histórico de la sociedad:

...observaremos que la poesía juglaresca se moldea fundamentalmente por exigencias del género de publicidad a que estaba destinada. Los juglares conciben la nueva poesía como un espectáculo o diversión pública, de la que derivan los rasgos más peculiares de su arte.³

La crónica de sucesos reales del tipo analítico era mezclada con el testimonio poético como se puede juzgar por las interpolaciones que hay en la primera Crónica General y en sus diferentes continuaciones, en donde se dice: "Cuentan las estorias..." y "dizen los cantares". Así se sostiene al mismo tiempo la posición contraria a la defendida por Joseph Bédier con la teoría de la tradición literaria docta en la epopeya de Bédier, cuando Menéndez Pidal escribe:

Yo en los presentes trabajos he tratado de mostrar que la epopeya española nada debe a una inspiración erudita y clerical, nada debe a los crónicas ni a los archivos o relicarios monásticos, sino que es de origen juglaresco, ligada a intereses caballerescos y populares, y coetánea originariamente de los sucesos...⁴

Ahí se trata de asuntos culturales que se desarrollan en la esfera de acciones nacionales, y Menéndez Pidal opinó acerca de ello:

¹ Max Bloch, *op. cit.*, París, 1939, p. 150.

² Véase *La España del Cid*, Madrid, 1929, t. I, p. 9.

³ R. Menéndez Pidal, *Poesía juglaresca y juglares*. Madrid, 1926, p. 438.

⁴ *Obras*, t. II: *Historia y epopeya*. Madrid, 1934, Proemio.

Aunque la distinción entre cultos e incultos existe, no divide y aísla completamente a los unos de los otros, sino que hay entre ellos una fraternal participación en algún ideal común, y éste a todos comunica tendencias, gustos, sentimientos y entusiasmos comunes, de donde con facilidad puede brotar una forma determinada de arte...

Por consiguiente, el artista no se esforzaría mucho en lograr sutilezas estilísticas, sino que buscaba lo que más conmoviera: ideas y pasiones que conmovieran también todas las clases de la sociedad,

...y de aquí resultará un arte que, si bien inferior en corrección y refinamiento, será superior por su espontaneidad, por sus aspiraciones y por su alcance social a ese arte que, con altivo menosprecio, se desentiende de las clases inferiores...⁵

Hemos discutido hasta ahora el propio origen histórico de un aspecto de la épica heroica, con lo que éste alcanza vigencia nacional. Con esto se llega al problema de la influencia o no influencia visigoda. El problema del "germanismo" salió a luz también con Menéndez Pidal, no por cierto en forma tan marcada como en la historia del derecho y en la historia de la Edad Media. Allí en particular, los trabajos españoles han sido medidos con los aportes de los Mayer, Brunner, Voltolini, Dopsch y otros. También Eduardo de Hinojosa y sus discípulos deben ponerse en esa línea. Ahora bien: tenemos que preguntarnos, ¿qué origen ideológico tenía esa orientación en el mundo intelectual alemán?, orientación metodológica de la cual no pueden ser declarados responsables los investigadores españoles. Se puede añadir aquí que debe notarse ya, desde el tiempo de los primeros efectos del "Krausismo", se marca la orientación hacia el idealismo alemán. Esa orientación hacia la ética de Kant —a un protestantismo— se interpretaba como revolucionaria, especialmente para deslindarse de la burguesía francesa saturada de revolución, y la cual en su ciencia —como ya se ha dicho anteriormente— tendía abiertamente hacia el nacionalismo que resultaba prepotente una vez más, lo que acontecía también con la persona de Bédier. La inclinación al mundo intelectual alemán, revelaba a la vez la posición aislada de la burguesía española respecto al desarrollo social y económico de su país, y si llega a aspirar a posiciones pantefísticas, es precisamente porque esa burguesía era solamente

⁵ R. Menéndez Pidal, *La epopeya castellana a través de la literatura española*. Buenos Aires / México, 1945, p. 14.

una ejecutadora de la voluntad de los grandes poderes en la política real. Pero continuemos con las posiciones metodológicas de Menéndez Pidal.

Su advertencia sobre la vigencia de los documentos literarios para la historia nacional ha despertado contradicciones tanto entre sus propios colaboradores como entre los historiadores. Y con esto estamos en un campo de tensiones y de disputas metodológicas que aun hoy no están liquidadas.

Es concebible que esta discusión empezara precisamente allí en donde la ciencia española hasta ahora ha tratado de obtener sus modelos, es decir, en Alemania, y comprensiblemente también entre aquellas cabezas que, de una parte obsesionados por la superioridad de la ciencia alemana, y por otra parte, legitimados también por sus propias obras, no pensaron en aceptar ninguna corrección de su metodología. Esta ciencia, legitimada por el rigorismo, se sentía ahora saturada, y la *vis inertiae* dominaba el terreno tal como en general los prejuicios dominaban en lo que toca a la ciencia literaria. En estos momentos Menéndez Pidal se presentó con su *España del Cid*. Ya el historiador alemán Kienast encontró este libro problemático sobre todo en lo que se refiere a la metodología:

Menéndez Pidal, el más importante romanista de su país, quien abarca el campo amplio de la literatura y leyendas españolas de una manera como era factible solamente a los otros pueblos principales de Europa en los tiempos primeros de la filología —y la filología española todavía está en su primera época—, Menéndez Pidal no se había dedicado por casualidad a esta materia. Pasando adelante por los caminos de Milá y Fontanals y de Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal asignaba a la poesía heroica española su lugar histórico: ella no es brote de la Epopeya de Rolando como los franceses lo sugerían lisonjeándose a sí mismos... El libro sobre la España del Cid, una brillante obra histórica, escrita por un filólogo, constituye un resultado interino (de las obras de Pidal, K. S.).⁶

En su respuesta a este criterio, Menéndez Pidal contestó con finura:

El señor Kienast, al hacer la protocolaria apreciación cortés de mi mencionada obra y calificarla de "ein glänzendes historisches Werk, geschrieben von einem Philologen"; donde parece insinuarse una discrepancia entre el método de la filología y el de la historia. Yo empero no concibo que pueden establecerse discrepancias de criterio entre una y otra dis-

⁶ Walther Kienast, "Zur Geschichte des Cid", en *Deutsches Archiv zur Geschichte des Mittelalters*, III/1 (1939), p. 59.

ciplina. Desde comienzos de la Edad Moderna, ¿qué sería de la historia sin la filología y qué sería de la filología moderna sin la historia?⁷

Efectivamente, el gran sabio trataba de tender un puente sobre la desgarradura entre dos sectores de la ciencia, los cuales se necesitan mutuamente, y con ese criterio está todavía aparentemente en los primeros tiempos de la filología; pero en realidad está en las cumbres de la mejor conciencia humanístico-burguesa, la cual percibe con desazón el incipiente proceso de la individualización, proceso que halla un *correlato* en la *atomización de las ciencias*. Se ha hecho el gran experimento de alumbrar la realidad social con el legado del pasado, se lo ha convertido en frase lapidaria con las investigaciones sobre el Poema de Mío Cid: “¡Los poetas! ¡Éstos constituyen una fuente peligrosa, pero necesaria!”

Las objeciones que se han hecho por parte de los historiadores contra la opinión de tener los poetas por testigos de las condiciones históricas, se encuentran apoyadas por ciertos pareceres de los “filólogos puros”. Ernesto Roberto Curtius, el gran romanista alemán y el conoedor extraordinario de la literatura europea, ha elevado la investigación tópica a su apogeo absoluto. De este método de la consideración literaria salía desde Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, una tendencia que quería afianzar las tradiciones y trazar una vía festiva, la cual debía resistir los tumultos de todos los tiempos. La quintaesencia de los conocimientos residía en el origen de las tradiciones y no en la actualidad de un fenómeno. Se podría preguntar: ¿Ocurre con Menéndez Pidal algo diferente? Para eso tenemos testimonios de la disputa con Curtius, en la cual, señalaba M. Pidal muy claro las debilidades de la investigación tópica; justamente una vez más la manzana de la discordia era el valor documental de la épica medieval para la historia de la sociedad. Ernesto Roberto Curtius atacó la interpretación del Cid desde la posición tópica. Veamos lo que esto implica, por ejemplo con respecto a la alabanza del linaje. Curtius ponía en duda las pruebas de que el Cid descendiera del linaje nobiliario más distinguido de Castilla. En su respuesta a Curtius, Menéndez Pidal habló primero que todo sobre los problemas del método:

Pero en la aplicación de ese método, se tropieza en peligrosos escollos. Uno es el de tomar por tópicas formas ideológicas espontáneas, impuestas

7 R. Menéndez Pidal, “Filología e historia”, en *ZRPh*, LXIV (1944), pp. 211 s.

por la naturaleza misma de las cosas (por ejemplo las cópulas antitéticas joven — viejo, valle — monte, invierno — verano) que no constituyen tópicos retóricos sino cuando repiten alguna peculiaridad de forma que las caracterice. Otra es el de olvidar la parte inventiva que más allá del tópico pone cada uno que lo utiliza.

Y, continúa meditativo: “El hablar es una serie continua de tópicos lingüísticos, y sin embargo, cada uno que habla crea una expresión y da un valor particular a esos tópicos.”⁸

En lo que se refiere a la pregunta por la descendencia del Cid, Menéndez Pidal pudo contestarle así:

¿Pero? no era ciertamente del linaje más alto de Castilla el que descendía de uno de los jueces fundadores del reino, de uno de los jueces mencionados al frente de todas las historias de la nación?⁹

Con ello, M. Pidal pasa a hablar del problema decisivo que estaba entonces en el centro de la ciencia literaria, la idea de que al contar los diferentes idiomas con el mismo punto de partida lingüístico en la Romania, las respectivas literaturas representarían también una unidad.

Tratar el Poema del Cid como la *Chanson de Roland* de tan irreal poesía, interpretar los dos poemas en serie, en el mismo taller de la crítica, es negar el carácter diferencial de las literaturas y de los pueblos. En el Poema del Cid hay mucho artificio literario, si no, no sería gran poesía; hay además innovaciones revolucionarias del género épico... pero su *sistema seleccionador de la realidad*, su artificio, sus ideales épicos, son completamente diversos de los del gran poeta francés... Dentro de la gran unidad románica, tenemos que ver siempre la diversidad provincial del imperio Romano.¹⁰

Desde luego, las objeciones no eran liquidadas con eso, pero se habían logrado exponer nuevos aspectos metodológicos, muy importantes, que nos conciernen hoy todavía.

En la discusión entre Leo Spitzer y Menéndez Pidal, Leo Spitzer planteó una vez más el problema del carácter histórico del Cantar del Mío Cid. Ramón Menéndez Pidal replicó:

⁸ R. Menéndez Pidal, “La épica española y la ‘Literaturästhetik des Mittelalters’ de E. R. Curtius”, en *ZRPh*, LIX (1939), pp. 1 ss.

⁹ *Op. cit.*, p. 3.

¹⁰ *Op. cit.*, pp. 8-9.

Un "profundo desacuerdo" declara Spitzer respecto a mí, y en un punto capital, que es éste: para mí, dice, el poema de Mío Cid es obra más bien de arte y de ficción que de autenticidad histórica.¹¹

Pidal nunca negó "que... el juglar no eche mano también, como era natural, de episodios puramente ficticios...".¹²

Justamente por eso Spitzer dudó del valor documental del poema. Por otra parte Pidal señaló cómo se relata, con sólo unas pocas palabras, una táctica de guerra completamente nueva. Y podemos añadir que después de haber tenido a la vista las grandes investigaciones de Sánchez Albornoz, se hallan también aquí remisiones precisas a los orígenes y el armamento de la caballería. Por eso precisamente las palabras del maestro:

Insisto tanto en que sin necesidad y sin propósito el juglar es verídico, porque no hago de la fidelidad histórica y geográfica del poema un mérito artístico sino un argumento doctrinal.¹³

Este argumento doctrinal ocupaba a Menéndez Pidal desde las disputas con Bédier y Felipe Augusto Becker, quienes sostenían que

...el cantar de gesta es como una novela histórica, una libre creación de la fantasía, forjada con ayuda de alguna erudición retrospectiva que sobre un hecho famoso del pasado se procura el poeta.¹⁴

Por eso Menéndez Pidal destacó otra vez:

Lo que más nos puede dar a conocer como el poema del Cid está cimentado sobre la vida misma coetánea, y no sobre lecturas cronísticas ni sobre la libre invención fantástica, es hallar veracidad histórica en muchos detalles que de pasada desliza el poeta sin propósito alguno de mostrarse verídico, sin necesidad alguna de parecerlo...¹⁵

En Menéndez Pidal siempre se puede notar un grado asombroso de clarividencia metodológica, logrando cimentar así gran número de ideas

¹¹ R. Menéndez Pidal, "Poesía e Historia en el Mío Cid", en *Nueva Revista de Filología hispánica*, México, II (1949), p. 113.

¹² *Op. cit.*, p. 114.

¹³ R. Menéndez Pidal, "Cuestiones de método histórico (3º Mío Cid., el de Valencia)", en *Castilla, la tradición, el idioma*, Col. Austral, 3ª ed. 1953, p. 156.

¹⁴ R. Menéndez Pidal, "Poesía e historia en el Mío Cid", *op. cit.*, p. 115.

¹⁵ R. Menéndez Pidal, "Cuestiones del método histórico", *op. cit.*, p. 155.

científicas en materia medieval. Pero este ocuparse del Medioevo no quiere decir que el Maestro no sea radicalmente actual. Spitzer planteó también la pregunta por la concepción nacional del héroe, y opinó:

¡...no encuentro al Cid héroe tan español como medieval, internacional, hombre de una época que en sus más altas aspiraciones era verdaderamente internacionalista, "católica", cuya verdadera patria era el mundo de las ideas universales y cristianas! *Christenheit oder Europa*, como decía Novalis, y a la vez que *España del Cid*, concebida como lección de energía para la España de hoy, se podría concebir una obra titulada, *La Europa del Cid o El Cid europeo*, que tratara la idea del héroe medieval y universal en traje de español.

Sobre esto Menéndez Pidal escribió:

Yo no creo que se escandalicen esos amigos españoles de Spitzer, entre los cuales me cuento, amigo y admirador como el que más. Me agradó el más sencillo título *La España del Cid* porque él basta para incluir lo europeo.¹⁶

El pensamiento histórico en Europa, el cual toma sus inicios con una especie de historia comparada de la literatura, se ha desarrollado en el curso del devenir histórico hasta convertirse en un auténtico instrumento de conocimiento para la praxis política. Ese aspecto práctico del pensamiento histórico ejerce a su vez una influencia decisiva sobre las discusiones de tipo metodológico. Es por esa relación entre pensamiento histórico, práctica política y discusión metodológica, por lo que aportamos aquí este último aspecto.

Ese desarrollo del pensamiento histórico en la historia y en la crítica de la literatura refleja en una forma muy clara el intento no sólo de catalogar e inventariar los fenómenos literarios, sino también de valorizarlos, de evaluarlos, lo cual significa ni más ni menos que ordenarlos en el flujo de la historia. En esa forma cada fenómeno literario gana un valor testimonial en el sentido de testimonio histórico, realmente inigualable, valor que debe ser defendido. Ninguna forma de literatura puede comprenderse por su expresión propia.

KURT SCHNELLE

Universidad Karl Marx
Leipzig

¹⁶ R. Menéndez Pidal, "Poesía e Historia en el Mío Cid", *op. cit.*, p. 121.